

DOMINGO III ORDINARIO “C”

El culto espiritual

Ne 8, 2-4a.5-6.8-10:

Leyeron el libro de la ley y todo el pueblo estaba atento

Sal 18:

Tus palabras, Señor, son espíritu y vida

1 Co 12, 12-30:

Vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro

Lc 1, 1-4; 4, 14-21:

Hoy se cumple esta Escritura

I. LA PALABRA DE DIOS

El **Evangelio** nos presenta a Jesús en la Sinagoga proclamando la palabra divina. «**Todos tenían los ojos fijos en él**». Esta actitud de los presentes ilumina de manera elocuente cuál ha de ser también nuestra actitud. Puesto que Cristo está presente en su Palabra y cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras es Él mismo quien habla, no tiene sentido una postura impersonal. Sólo cabe estar a la escucha de Cristo mismo, con toda la atención de la mente y del corazón, pendientes de cada una de sus palabras, con «**los ojos fijos en él**».

«**Hoy se cumple esta Escritura**». La palabra que Cristo nos comunica de manera personal en ese diálogo «de tú a tú» es además una palabra eficaz; o sea, que no sólo nos comunica un mensaje, sino que por su propio dinamismo realiza aquello que significa o expresa. Si escuchamos con fe lo que Cristo nos dice, experimentaremos gozosamente que esa palabra se hace realidad en nuestra vida.

«**Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres**». Esta palabra de Cristo es siempre evangelio, buena noticia. Pero sólo puede ser reconocida y experimentada como tal por un corazón pobre. El que se siente satisfecho con las cosas de este mundo no capta la insondable riqueza de la palabra de Cristo ni experimenta su dulzura y su consuelo. Las riquezas entorpecen el fruto de la palabra. Sólo el que se acerca a ella con hambre y sed experimenta la dicha de ser saciado.

Hemos sido consagrados a Cristo en el bautismo. Estamos ungidos por el mismo Espíritu de Dios. Formamos parte de su Cuerpo Místico. Estamos llamados a su misma misión. También en nosotros la Palabra se cumple hoy, y participamos de la misión sacerdotal, profética y real de Cristo. Los bautizados estamos llamados a hacer presente nuestra configuración con Cristo en medio de nuestros ambientes temporales. Es nuestro culto espiritual.

II. LA FE DE LA IGLESIA

Un solo cuerpo. Cristo, Cabeza de la Iglesia
(787-795)

Por la comunicación de su Espíritu a sus hermanos, reunidos de todos los pueblos, Cristo los constituye místicamente en su cuerpo. La **unidad** del cuerpo no ha abolido la **diversidad** y las funciones de los

miembros. Es el mismo Espíritu el que, según su riqueza y las necesidades de los ministerios, distribuye sus diversos dones para el bien de la Iglesia.

Cristo es la Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia. Cristo y la Iglesia son, por tanto, el “Cristo total”. La Iglesia es una con Cristo.

**Los fieles de Cristo:
jerarquía, laicos, vida consagrada**
(871 – 873)

Son **fieles cristianos** quienes, incorporados a Cristo por el bautismo, se integran en el Pueblo de Dios y, hechos partícipes a su modo por esta razón de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, cada uno según su propia condición, son llamados a desempeñar la misión que Dios encomendó cumplir a la Iglesia en el mundo.

Se da entre todos los fieles una verdadera **igualdad en cuanto a la dignidad y acción**, en virtud de la cual todos, según su propia condición y oficio, cooperan a la edificación del Cuerpo de Cristo.

Las **mismas diferencias** que el Señor quiso poner entre los miembros de su Cuerpo **sirven a su unidad y a su misión**. Porque hay en la Iglesia **diversidad de ministerios, pero unidad de misión**. A los **Apóstoles y sus sucesores** les confirió Cristo la función de enseñar, santificar y gobernar en su propio nombre y autoridad. Pero también los **laicos**, partícipes de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde en la misión de todo el Pueblo de Dios. En fin, en esos dos grupos [jerarquía y laicos], hay fieles que por la profesión de los consejos evangélicos (pobreza, castidad y obediencia) se consagran a Dios [**vida consagrada**].

Los fieles laicos. Su vocación
(897-900)

Por **laicos** (o seglares) se entiende a **todos los cristianos, excepto los miembros del orden sagrado y del estado religioso**. Son, pues, los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que **forman el Pueblo de Dios y que participan de las funciones de Cristo. Sacerdote, Profeta y Rey**. Ellos realizan, según su condición, la **misión** de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo. Tienen como vocación propia el **buscar el Reino de**

Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios.

Los fieles laicos se encuentran en la **línea más avanzada** de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad. La **iniciativa** de los cristianos laicos es particularmente **necesaria** cuando se trata de descubrir o de idear los medios para que las exigencias de la doctrina y de la vida cristianas impregnen las realidades sociales, políticas y económicas.

Como todos los fieles, los laicos están encargados por Dios del **apostolado** en virtud del Bautismo y de la Confirmación y por eso tienen la **obligación** y gozan del **derecho**, **individualmente o agrupados** en asociaciones, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres y en toda la tierra; esta obligación es tanto más **apremiante** cuando sólo por medio de ellos los demás hombres pueden oír el Evangelio y conocer a Cristo. En las comunidades eclesiales, su acción es tan necesaria que, sin ella, el apostolado de los pastores no puede obtener en la mayoría de las veces su plena eficacia.

Participación de los laicos en la misión sacerdotal de Cristo (901-903)

Los laicos, consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, están maravillosamente **llamados y preparados para producir siempre los frutos más abundantes del Espíritu**. En efecto, **todas sus obras**, si se realizan en el Espíritu, **se convierten en sacrificios espirituales** agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del Cuerpo del Señor. De esta manera, también los laicos, como adoradores que llevan una conducta sana, **consagran el mundo mismo a Dios**. De manera particular, **los padres** participan de la **misión de santificación** impregnando de espíritu cristiano la vida conyugal y procurando la educación cristiana de los hijos.

Participación en la misión profética de Cristo (904 – 907)

Cristo realiza su función profética, no sólo a través de la jerarquía, sino también por medio de los laicos. Él los hace sus **testigos** y les da el **sentido de la fe** y la **gracia de la palabra**. Enseñar a alguien para traerlo a la fe es tarea de todo creyente.

Los laicos cumplen también su misión profética **evangelizando**, con el anuncio de Cristo comunicando con el **testimonio de la vida y de la palabra**. En los laicos, esta evangelización adquiere una **nota específica** y una **eficacia particular** por el hecho de que se realiza en las condiciones generales de nues-

tro mundo. Este apostolado **no consiste sólo en el testimonio de vida**; el verdadero apostolado **busca ocasiones para anunciar a Cristo con su palabra**, tanto a los no creyentes, como a los fieles.

Tienen el **derecho**, y a veces incluso el **deber**, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de **manifestar a los Pastores sagrados su opinión** sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de manifestarla a los demás fieles, salvando siempre la integridad de la fe y de las costumbres y la reverencia hacia los Pastores.

Participación en la misión real de Cristo (908 – 913)

Por su **obediencia** hasta la muerte, Cristo ha comunicado a sus discípulos el don de la **libertad regia**, para que **vencieran** en sí mismos, con la propia renuncia y una vida santa, al reino del **pecado**. «*El que somete su propio cuerpo y domina su alma, sin dejarse llevar por las pasiones es dueño de sí mismo: Se puede llamar rey porque es capaz de gobernar su propia persona; Es libre e independiente y no se deja cautivar por una esclavitud culpable*» (San Ambrosio).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«*En la Sinagoga estaba establecido el pasaje que debía leerse. Pero, sea cual sea el pasaje, hoy está escrito para mí. Tanto si escucho la Escritura en la asamblea de los fieles, como si la escucho en privado, si Tú, Señor, lees por mí, siempre habrá un texto que me dirá algo en la situación en que me encuentro. Y si mi corazón está lleno de ti, descubriré inmediatamente la palabra que me puede dar el empuje y la ayuda que necesito*» (Un monje de la Iglesia oriental).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*Tu poder multiplica
la eficacia del hombre,
y crece cada día, entre sus manos,
la obra de tus manos.*

*Nos señalaste un trozo de la viña
y nos dijiste: "Venid y trabajad".*

*Nos mostraste una mesa vacía
y nos dijiste: "Llenadla de pan".*

*Nos presentaste un campo de batalla
y nos dijiste: "Construid la paz".*

*Nos sacaste al desierto con el alba
y nos dijiste: "Levantad la ciudad".*

*Pusiste una herramienta en nuestras manos
y nos dijiste: "Es tiempo de crear".*

*Escucha a mediodía el rumor del trabajo
con que el hombre se afana en tu heredad.*

*Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Por los siglos. Amén.*